

Klingbeil, Gerald A., ed. *Él dijo y fue hecho. La creación en el Antiguo Testamento*. Trads. Aecio Caïrus y Néstor Alberro. Libertador San Martín, Entre Ríos: Universidad Adventista del Plata / Montemorelos, Nuevo León: Adventus, Editorial Universitaria Iberoamericana, 2017. Pp. 286. ISBN 978-987-1378-78-4.

Los autores de este libro sientan sus bases de reflexión teológica y de discusión científica en la Biblia. La pregunta esencial que desafió los temas de investigación del libro fue la siguiente: “¿cuál es la relación entre Génesis capítulos 1 y 2 y su teología inherente con otros pasajes y géneros textuales en la Biblia hebrea?” (p. xii). Este volumen no pretendió dar respuestas a todos los interrogantes que plantean la lectura y el estudio del texto bíblico, pero sí mejorar el diálogo desde lo científico en relación con los conceptos bíblicos sobre cosmología.

Gerhard F. Hasel y Michael G. Hasel inician el comentario sobre la relación entre Génesis 1 y 2, y la teología que realizan autores posteriores sobre esta sección del relato bíblico (pp. 1-16). Este primer capítulo, titulado “La cosmología singular de Génesis 1”, presenta la importancia de que exista un diálogo e interacción entre los analistas bíblicos y la búsqueda científica por la comprensión del mundo y la humanidad. El singular aporte bíblico se debe a conceptos importantes, entre ellos, el de la existencia de un “principio” en contraste con mitologías del antiguo Cercano Oriente y griegas que lo consideran eterno y en un devenir cíclico constante (p. 2). Los autores relacionan como sinónimos la frase “los cielos y la tierra” con el término actual “cosmos” (p. 3). También muestran la presencia en Génesis del concepto de que el Dios de la Biblia es el creador y el único con capacidad de serlo. Ninguna mitología describe al ser humano creado para ser feliz y como colaborador de Dios en el cuidado de lo creado. Por el contrario, los dioses míticos son ajenos al sentimiento de relación amorosa con los seres humanos y son caprichosos en la manifestación de sus deseos. El artículo presenta un aporte importante al mostrar la selección cuidadosa de conceptos del autor del Génesis para contrastar y negar cualquier compatibilidad cosmológica, ideológica y teológica con los existentes en los mitos paganos del antiguo Oriente (p. 15). Este artí-

culo refleja en forma renovada que la cosmología de Génesis trasciende las preguntas intelectuales y trata también la cuestión existencial (p. 16).

Randall W. Younker y Richard M. Davidson, profesores de Andrews University, hacen una reseña de la interpretación del término רָקִיָּא (rāqîā) en Génesis 1,6, y ponen en tela de juicio las discusiones de los comentaristas sobre su significado en el segundo capítulo titulado “El mito de la bóveda celeste sólida” (pp. 17-36). El análisis detallado del significado del término esclarece la dificultad que por siglos impidió una comprensión acabada de los conceptos bíblicos. Estos conceptos se vieron oscurecidos por ideas sostenidas por los eruditos a lo largo de períodos del cristianismo antiguo y medieval sobre una tierra plana y una bóveda celeste, los cuales aseveraban que eran descripciones bíblicas tomadas de los antiguos mesopotámicos y hebreos (p. 35). Esto ha sido demostrado como incorrecto por estudios recientes. Incluso se ha hecho evidente que los pasajes bíblicos que utilizan un lenguaje figurado se interpretaron como si fueran literales (p. 36).

El tercer capítulo, “El relato de los orígenes en el Génesis” (pp. 37-84), cuyo autor es también Richard M. Davidson, revisó exhaustivamente las opiniones y las posiciones de un gran número de eruditos, mientras comentó en forma meticulosa el texto hebreo, con énfasis específico en Génesis 1 y 2.

Paul Gregor escribió el cuarto capítulo “Ecos de la creación de Génesis 1 y 2 en el Pentateuco” (pp. 85-100) en el que examinó ciertos términos de la creación en el conjunto de la Torá. Al analizar el verbo “adquirir” (qānîti) en Génesis 4,1, el autor consideró que Dios ayudó a Eva a concebir porque tenía dificultades para hacerlo. Se considera complicado asumir que la primera mujer, Eva, no tenía la capacidad de “conseguir un embarazo” (p. 97). Esto implicaría que no habría sido creada perfecta. Es probable que un estudio diferente muestre que la expresión refiera a que Dios la ayudó en su primer parto, pues el texto describe que “concibió y dio a luz” después de que “el hombre se unió a su mujer”. Y de esa forma se lograría percibir que el texto parece reflejar el anhelo de Eva de que su hijo cumpliera la promesa hecha en Génesis 3,15, al concebir un varón que podría llegar a ser el redentor prometido. Gregor analizó algunos voca-

blos del contexto de la creación, tales como “reposo”, “señorío”, “poner”, “labrar, servir, guardar”, “adquirir, poseer”, “moverse y desordenada”.<sup>1</sup> Hubiera sido interesante que el autor incluyera la razón para esta selección.

Richard M. Davidson es también el autor del quinto capítulo “La creación en los Salmos: el salmo 104” (pp. 101-132), que continúa con la secuencia canónica al comentar el motivo de la creación, especialmente en el salmo 104. Este trabajo se completa en el sexto capítulo “La creación como motivo temático en Salmos”, escrito por Alexej Muráñ (pp. 133-168), quien desarrolló el tratamiento de las imágenes y la teología de la creación en el resto de los salmos y empleó atención especial a agrupaciones significativas de términos relacionados con la creación que pueden resultar valiosas, desde lo metodológico, para futuros estudios.

Ángel M. Rodríguez prosiguió con el análisis de la terminología de la creación en los libros sapienciales en el séptimo capítulo titulado “El Génesis y la creación en la literatura sapiencial” (pp. 169-192). Estos libros (Job, Proverbios y Eclesiastés) arraigan varios de sus temas en Génesis 1 y 2. El dolor y la muerte fueron resultados de deshacer la creación original. La personificación de la sabiduría, en Proverbios, se vincula estrechamente con la creación de Génesis.

En el octavo capítulo, Martin G. Klingbeil continuó analizando “La creación en la literatura profética del Antiguo Testamento” (pp. 193-218). Se enfocó en forma práctica en la intertextualidad, la utilización de palabras claves en relación con la creación, y dio nociones claras de áreas semánticas, marcadores literarios y conceptuales sobre la creación dejando la certeza en el lector de que el tema de la creación siempre se usa como trasfondo de otras temáticas teológicas y proféticas en este tipo de literatura.

El capítulo noveno presenta otro aporte de Ángel M. Rodríguez, “El creacionismo bíblico y las ideas evolucionistas en el Antiguo Cercano

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, los términos “crear”, “principio” y “Espíritu” hacen referencia importante al evento creador. Estos términos son considerados importantes por otros autores del mismo libro. Véase el capítulo 8 escrito por M. Klingbeil, quien enfatiza la relevancia de estos términos en un estudio intertextual de indicadores lexicográficos sobre la creación (p. 197), de la misma forma que J. Doukhan en el capítulo 10.

Oriente” (pp. 219-248). Se centró particularmente en textos egipcios de esa región. Concluyó que estos textos, ajenos al texto bíblico, ya contenían ideas latentes que son evolutivas, si bien no tiene el mismo concepto de evolución natural que la ciencia moderna. La cosmogonía y la antropogonía bíblicas tienen diferencias llamativas, “exquisita anomalía” (p. 235) que, en contraste con sus similares del antiguo Cercano Oriente, llaman la atención e invitan al lector moderno a usar el texto bíblico para evaluar y deconstruir las teorías científicas evolutivas actuales. El autor afirma que en la Biblia no se describe el origen de Dios, como en el resto de las teogonías, sino que Dios existe y no tiene necesidad de luchas intestinas o de autoevolucionar (p. 235). En cuanto a la creación de los seres humanos en la Biblia, el capítulo considera que esta “se distancia de la representación del antiguo Cercano Oriente de los orígenes humanos” (p. 238), lo mismo que su naturaleza y función (p. 239). El autor deja en claro que el texto bíblico estaba “deconstruyendo los conceptos evolucionistas elementales presentes en las cosmogonías y antropologías egipcias y del antiguo Cercano Oriente” y termina siendo una “herramienta hermenéutica para evaluar y deconstruir teorías y especulaciones científicas evolucionistas contemporáneas” (p. 245).

Finalmente, en el último capítulo, “Cuando aún no había muerte en el mundo” (pp. 247-258), Jaques B. Doukhan resaltó la presencia de la muerte en un momento posterior a la creación y consideró su papel peculiar en las teorías evolutivas. El énfasis bíblico se ocupa en presentar cómo desandar lo que llevó a la incorporación de la muerte después de la creación en el resto de los libros canónicos. El autor deja en claro el contraste entre el carácter del Dios de la Biblia, y el de los dioses egipcios y del antiguo Cercano Oriente, al confirmar la intención del Dios bíblico por deshacer el mal y la muerte porque no eran parte de la creación original.

El libro cuenta con notas al pie y una bibliografía general.

Los autores del libro hicieron un trabajo serio mientras respondían al desafío de examinar los conceptos bíblicos desde lo lingüístico, lo conceptual y lo teológico para dialogar con los conceptos científicos que se le imponen al texto bíblico. El lector encuentra, como fruto de la lectura de este libro, que la historia de la creación no termina con los relatos de

Génesis 1 al 3, sino que se mantiene presente en toda la historia del legado escrito del pueblo judío. Todos los escritores del Antiguo Testamento hacen referencia a este tema para mirar al futuro prometido de redención, y mantener la confianza y la esperanza en el Dios todopoderoso descrito en la Biblia. Altamente recomendable para quienes deseen enriquecerse en el estudio de los textos bíblicos. Deja asentado un buen precedente para aguardar el segundo volumen.

Silvia C. Scholtus  
Universidad Adventista del Plata  
Entre Ríos, Argentina  
silvia.scholtus@uap.edu.ar